

Cinco lienzos para mi maestro Miguel León-Portilla

por **Natalio Hernández**, Intelectual y poeta Nahuatl | natalioh04@gmail.com

Ipehuayah xochipetlatl / Inicio de los lienzos

El 1 de octubre de 2019 falleció Miguel León-Portilla, investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) quien, en vida, recibió más de 30 doctorados honoris causa. Sin duda, fue un humanista contemporáneo cuya obra trascendió al siglo XXI. Fue también una persona humilde, por lo mismo, podemos afirmar que fue un *Tlamatini*/Sabio, en lengua náhuatl. Su partida dejó un gran vacío en el ambiente académico e intelectual de México; pero, también, hay que decirlo, dejó un enorme y variado acervo que nos va a ayudar a repensar la sociedad que dejaremos a las nuevas generaciones.

Es decir, una sociedad mexicana moderna que mira su pasado para proyectar la nación posmoderna en donde el mundo indígena será la esencia de nuestro proyecto de sociedad. En suma, una mexicanidad que supera el indigenismo paternalista del siglo XX, para imaginar y construir una nación incluyente, sustentada en la diversas lenguas y culturas indígenas, enriquecida con la cultura europea que se asentó en nuestro país hace cinco siglos.

En este sentido el *Tlamatini* Miguel León-Portilla, deja obras fundamentales que visibilizan y ponderan nuestras culturas mesoamericanas, mismas que servirán de inspiración y luz para imaginar y construir la nueva sociedad mexicana del siglo XXI.

Primer lienzo: El maestro

Mi infancia y adolescencia transcurrieron en la década de los años cincuenta en la comunidad náhuatl de Lomas del Dorado, un pequeño poblado que forma parte de la huasteca veracruzana. Prácticamente la comunidad era monolingüe en aquel tiempo. Por eso, el

náhuatl fue mi lengua materna. En esta lengua empecé a nombrar el mundo social y natural que me rodeaba. Así, la palabra de los ancianos, *huehuetlahtoli*, moldeó mi adolescencia y sigue vibrando dentro de lo más profundo de mí ser. Sentía, en aquel momento, que no hacía falta aprender otra lengua, porque la lengua que mamé de niño, estaba presente en las relaciones familiares y comunitarias, en las ceremonias sociales y tradicionales que presidían los *tlamatinimeh/sabios* de nuestros pueblos.

Mi formación dentro de la educación tradicional comunitaria se vio interrumpida cuando cursé la educación secundaria en la región otomí de la región del Valle del Mezquital, Hidalgo. Sobre todo, cuando ingresé como maestro bilingüe en 1965. Fue en esta etapa de mi vida profesional cuando me encontré con el libro *Trece poetas del mundo azteca* de Miguel León-Portilla, obra que me deslumbró porque me volvió a conectar con mi origen y con *noxicnelhuayo*, esto es, mis raíces antiguas.

Poco tiempo después leí *La visión de los vencidos*, *La filosofía náhuatl*, *Los antiguos mexicanos* y *Toltecáyotl*, obras que me trasladaron al mundo mítico, místico y mágico que había vivido durante mi infancia con los relatos de mi padre y las invocaciones de mi madre, para pedir lluvia y abundantes frutos de la tierra. En particular la música y el canto que denominamos *xochipitzahuac/flor menudita*, nuevamente empezaron a vibrar dentro de mí, para comprender que *in xochitl in cuicatl / la flor y el canto*, no habían muerto.

De esta manera Miguel León-Portilla se convirtió en *notemachtiani*/mi maestro antes de conocerlo personalmente. Fue hasta 1980 cuando los hermanos nahuas de Santa Ana Tlacotenco, Milpa

Alta, Cd de México, guiados por Librado Silva Galeana, empezaron a organizar los encuentros de hablantes de la lengua náhuatl cuando, por fin, pude saludarlo y tener las primeras conversaciones. Me impresionó su sencillez y humildad. La idea que tenía de él como un encumbrado académico de la UNAM, se derrumbó. La gente de la comunidad de Tlacotenco lo saludaba, escuchaba sus conversaciones y se sentaba a comer con él durante los encuentros de nahuablantes.

Así dio inicio este lienzo que alude a mis primeras relaciones con el *temachtiani*, maestro, Miguel León-Portilla. Esta relación alumno-maestro se cerró cuando le expresé las últimas palabras en el hospital español de la ciudad de México, donde permaneció internado desde principios de enero hasta el 1º de octubre de 2019, cuando dejó de latir su corazón. Durante mi última visita al hospital, con lágrimas que brotaban del manantial de mis ojos, lo abracé y le dije:

Temachtiani, in xochitl in cuicatl amo polihuis, amo miquis, ipampa moyolitia yancuic tlahtoli quen tehuatzin otihtemihqui ihuan tiquihcuiloh ipan amoxtli in tlili in tlapali. Maestro, la flor y el canto no morirán, porque está naciendo la nueva palabra, como tú lo soñaste y que dejaste impreso en tu libro *in tlili in tlapali* / la tinta negra y roja.

Segundo lienzo: El amigo

Puedo decir que la relación de alumno-maestro con don Miguel León-Portilla trascendió a la etapa de amigo a raíz de una invitación que le hice para que dictara una conferencia en la UNAM, en 1992, sobre el tema de lengua y cultura náhuatl. En ese momento él se encontraba en París, como embajador de México en la UNESCO. Recuerdo que nos hablamos por teléfono en lengua náhuatl: fue algo impresionante para mí que jamás olvidaré. Ahora que lo recuerdo, vibra todo mi ser.

En esta etapa ocurrieron varios hechos que consolidaron nuestra amistad. Un hecho trascendente, para mí fue que en 1998 me buscó de manera insistente para hablar conmigo. En ese momento yo me encontraba en Nicaragua, impartiendo un taller de literatura a los hermanos misquitos de la Costa Atlántica. Al regresar a

casa, mi esposa Bertha Serrano me comentó: repórtate con Don Miguel porque te ha estado buscando insistentemente. Al hablarle, me dijo: "*Nataliotzin*, quiero que asistas a la clausura del Congreso Internacional de las Academias de la Lengua Española que se está realizando en Puebla, para que hables en mi representación". En ese momento sentí mucho temor, pero no podía desobedecer a mi maestro. Asistí y tomé la palabra en la ceremonia de clausura para afirmar que el español también es nuestro: *in caxtilan tlahtoli nohqia toxca*. Cuando se enteró del éxito que habían tenido mis palabras, me felicitó y tiempo después publicó mi discurso bilingüe en la Revista Estudios de Cultura Náhuatl del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la UNAM.

Otro hecho importante fue a raíz de su candidatura al Premio Bartolomé de las Casas que otorga la Casa de América de España. Yo fui acreedor de este Premio en 1998, por esta razón me invitaron a ser parte del jurado al año siguiente, en donde el *temachtiani* León-Portilla era candidato.

Organicé mi viaje a Madrid para participar en la reunión de dictaminación del Premio, sin revisar la vigencia de mi pasaporte. Al llegar al aeropuerto para solicitar mi pase de abordar, el empleado me dijo: usted no puede viajar porque su pasaporte está vencido. Nada pude hacer. Era un día domingo: el reloj marcaba las 9:00 de la noche.

Me regresé a casa y al día siguiente fui a informarle a mi maestro del viaje frustrado. Con una sonrisa picaresca que lo caracterizaba, me dijo: "que bueno que no fuiste, porque si hubieras ido hubieran dicho que favoreciste mi candidatura". A pesar del viaje frustrado, de parte mía, Migueltzin/ Miguelito como le decíamos cariñosamente sus alumnos, ganó el Premio. Mi ausencia en la reunión de Dictaminación se subsanó con una carta que envié a España a favor de la candidatura de mi maestro. Este Premio, equivalente a medio millón de pesos en aquel momento, lo donó a dos proyectos educativos comunitarios de Chiapas: a la organización de las Abejas de Acteal, de muy triste memoria por la masacre ocurrida en 1996 y a la Unión de Maestros para la Educación de México (UNEM). Juntos viajamos a Chiapas para entregar directamente a las comunidades, los recursos económicos del Premio.

Estos dos acontecimientos y otros sucesos estrecharon nuestra amistad que derivó en una anécdota. En una de las conversaciones que teníamos con frecuencia, en su cubículo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, me dijo: "Natalio, quiero que me hables de tú. Yo le respondí: maestro, voy a intentarlo". Pasaron más de tres años y yo seguía tratándolo de usted, hasta que un día, en una reunión familiar, delante de su esposa Chonita, se dirigió a mi esposa Bertha para decirle: "Señora, le he pedido al maestro Natalio que me hable de tú y no ha querido; si no lo hace dejará de ser mi amigo". A partir de ese instante se derrumbó la barrera que me impedía tratar de tú a mi maestro. Así empezó mi relación de amigo con Miguel León-Portilla.

Tercer lienzo: El colega

A mediados de 2013 mi esposa Bertha me acompañaba al hospital para una intervención médica de emergencia. Prácticamente estaba ingresando al hospital cuando sonó mi celular. Una voz me dijo: "Soy Jaime Labastida. Te llamo para invitarte a que ingreses a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro correspondiente. Miguel y yo te hemos propuesto. No puedes negarte, ya es un acuerdo". Jaime, acepto con mucho gusto, le respondí.

Al salir del hospital, llamé a la Academia para pedir informes acerca de la ceremonia de ingreso. No fui bien atendido por la recepcionista que me proporcionó el informe. Pasó un buen tiempo, volví a llamar y esta vez la Señora Gloria Gopar me atendió amablemente. Y me dijo: "no se preocupe la ceremonia puede realizarse en cualquier momento; es más, por ahora la Academia no tiene edificio propio. Se está construyendo en Coyoacán. Tal vez sea conveniente que se espere hasta que esté terminado el edificio". Así transcurrió el tiempo y yo perdí el entusiasmo por la ceremonia de ingreso a la Academia. Mi amigo y colega Miguel León-Portilla, a partir de mi ingreso a la Academia me regañaba porque no asistía regularmente a las sesiones de la Academia. Yo le argumentaba: "Miguel no asisto a las reuniones, porque no tengo silla propia, tú bien sabes que nos soy miembro de número". El me respondía un tanto enojado: "tienes que asistir a las sesiones, ya te tocará tu silla".

Antes de mi ingreso a la Academia mi amigo y colega Miguel me propuso, en 2018, que tradujera la Constitución Política a la lengua náhuatl por encargo de la Comisión del Bicentenario de la Cámara de Senadores. Una experiencia, también, inolvidable. Fueron seis meses de intenso trabajo. Cada vez que lo recuerdo me duele la cabeza. La Constitución es un texto denso, pesado, de carácter jurídico, que no tiene nada que ver con la poesía. Afortunadamente salí avante: sobreviví.

En contraparte, en 2014 fui invitado por el Instituto Politécnico Nacional (IPN) para la traducción de la Opera Aida de Giuseppe Verdi, a la lengua náhuatl. Fue una experiencia maravillosa. Resultó muy gratificante porque me permitió introducirme a las entrañas de un poema, de largo aliento, que me llevó a entender las analogías entre el mundo de los dioses egipcios con los nuestros, mesoamericanos, nahuas en particular.

Cuarto lienzo: El hermano mayor

En 2017 se iba a publicar el No. 50 de la Revista Estudios de Cultura Náhuatl que fundó el Dr. Ángel María Garibay y su alumno, el joven estudiante de la Filosofía Náhuatl, Miguel León-Portilla. Con este motivo me solicitó que escribiera un ensayo haciendo una revisión de todos los escritores nahuas que habían colaborado con algún texto en la revista. Platicamos sobre el contenido del ensayo y me dio un plazo de dos meses. Cumplido el tiempo me presenté con él llevando el texto que me había solicitado.

Como acostumbraba hacerlo, el *temachtiani* Miguel me pidió que leyera el ensayo y al terminar me dijo: "Tu texto no refleja lo que yo te pedí. Hablas de Sahagún de Garibay y de mí y eso no es lo que yo quiero. Van a decir que te solicité el ensayo para que hablaras bien de mí," me dijo muy enojado, como nunca lo había hecho durante 40 años de ser su alumno, amigo y colega.

"Discúlpame Miguel, si no sirve mi trabajo no cuentas conmigo", le respondí en tono muy elevado. Y estuve a punto de romper delante de él, las hojas de mi texto.

Después se serenó. Yo hice lo mismo. Y con palabras suaves, propias de un hermano mayor, con más experiencia en el trabajo académico y literario, me dijo: “mira, si quieres hablar de mí y de mis maestros Sahagún y de Garibay, hazlo, pero no te extiendas demasiado. Lo que me interesa es que dediques mayor espacio a la colaboración de los escritores nahuas en la revista”. Después de este incidente muy desagradable, nos despedimos amable y fraternalmente. Regresé a los 15 días con una versión que incorporaba las sugerencias que me había dado mi maestro, colega y amigo Miguel.

Me recibió cordialmente y al terminar de leer la nueva versión del ensayo, me dijo: “Ahora se aprecia mejor lo que yo te pedí. Recuerda lo que te he dicho siempre: hay que escribir de manera sencilla para que la gente no especialista pueda entender tu texto. Evita las adulaciones y alocuciones innecesarias. Recuerda, también, las recomendaciones de Juan de Valdés, escritor y humanista español del siglo XV, quien recomendaba: “hay que escribir las ideas con las menos palabras posibles”.

Así se abrió una nueva etapa en mi relación con el *temachtiani*/maestro Miguel: la etapa del hermano mayor/*temimi*. en lengua náhuatl, que aconseja, que guía, que reprende, en ocasiones, al hermano menor, para que haga mejor las cosas.

Como corolario de esta nueva fase a la que se refiere este cuarto lienzo, puedo mencionar dos acontecimientos importantes. Uno fue con motivo de la celebración del Primer Encuentro Mundial de Poesía de los Pueblos Indígenas: Voces de Colores para la Madre Tierra, proyecto que apoyó de manera entusiasta e incondicional. La inauguración se llevó a cabo en la Sala Mayor del Palacio de las Bellas Artes en octubre de 2016. Correspondió al *temimi*/hermano mayor, Miguel León-Portilla, pronunciar las palabras de inauguración. En aquella ocasión dijo: *La poesía es la palabra de la esperanza*.

Finalmente, en agosto de 2018, prácticamente un año antes de su fallecimiento, me acompañó en la ceremonia que me organizó el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL) como *Protagonista de la Literatura Mexicana*. En su

intervención expresó: “Natalio es un *tlamatini/sabio*: con su obra educativa y literaria ha enriquecido el ser de México”.

Quinto lienzo: Tlamatini/El sabio

Antes de su fallecimiento, Miguel León-Portilla, recibió un homenaje nacional en distintos espacios culturales y académicos que dio inicio en el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología. En estos actos quedó de manifiesto que León-Portilla era un *Tlamatini/Sabio*, conforme al pensamiento de la cultura náhuatl.

El sabio: una luz, una tea,
Una gruesa tea que no ahúma.
Un espejo horadado,
un espejo pulido por ambos lados.
Suya es la tinta negra y roja,
de él son los códices... (libros pintados).

Miguel León-Portilla supo combinar su trabajo académico y el diálogo con los pueblos portadores de la civilización mesoamericana, en particular con la lengua y la cultura náhuatl. Al mismo tiempo que investigaba, apoyaba a los escritores en lenguas indígenas y realizaba gestiones para que las lenguas y culturas de los pueblos originarios de nuestro país, fuera materia de estudio en las escuelas. Así fue como conoció a los hablantes de lengua náhuatl del pueblo de Santa Ana Tlacotenco quienes, en su intento por hablar con el Secretario de Educación Pública, a finales de los años setenta, acudieron a Don Miguel para que apoyara sus gestiones. Así lograron que fueran recibidos por un representante del Secretario quien, lejos de escuchar su solicitud, les dijo textualmente: “pierden su tiempo tratando de hablar con el Sr. Secretario, él tiene mucho trabajo y no puede atenderlos. Yo les recomiendo que olviden el náhuatl, mejor aprendan inglés”.

Con este resultado, regresaron desconsolados a su pueblo. Al año siguiente, se iniciaron los encuentros nacionales de hablantes de la lengua náhuatl en Santa Ana Tlacotenco. El *Tlamatini* León-Portilla, no sólo fue el promotor, sino que él encabezaba estos encuentros, con la colaboración de sus colegas y amigos investigadores de diferentes instituciones académicas. Durante 10 años se realizaron estos encuentros. Hoy, la semilla que

sembró el *Tlamatini* Miguel, está rindiendo sus frutos: existe una Academia de Lengua Náhuatl y se enseña en varias escuelas de educación básica de la Alcaldía de Milpa Alta. También se han integrado coros de niños y adultos que interpretan canciones tradicionales y el Himno Nacional en lengua náhuatl.

Por otra parte, desde 1992, apoyó el surgimiento y desarrollo de la organización de Escritores en Lenguas Indígenas, A.C. (ELIAC) y fue miembro honorario desde su creación en noviembre de 1993. Uno de sus sueños era que ELIAC tuviera su espacio: su propia Casa. Luchó junto con el Consejo Directivo para alcanzar esta meta. Finalmente, se logró que el edificio del grabador Ezequiel Álvarez Tostado, ubicado en el Centro Histórico fuera la sede de esta organización. Desafortunadamente ya no pudo asistir a la inauguración de la CASA ELIAC. En reconocimiento al apoyo que en vida otorgo a los escritores en lenguas indígenas, el auditorio de este espacio lleva el nombre de Miguel León-Portilla, cuya ceremonia de inauguración se celebró el 10 de octubre, 8 días después de su fallecimiento.

Para dar vida y difusión a su amplio legado, ELIAC ha organizado el ciclo de conferencias "Anáhuac Tlamachtilyan Miguel León-Portilla" que incluye siete conferencias: iniciará en febrero de 2020, en el marco del Día Internacional de la Lengua Materna y concluirá en agosto, mes en que se conmemora el Día Internacional de los Pueblos Indígenas.

Finalmente Miguel León-Portilla, con su ensayo, *Flor y canto: Otra forma de percibir la realidad* recapitula, sin duda, sus indagaciones de *Tlamatini*, acerca de la vida y la obra del *cuicapihqui*/poeta Nezahualcóyotl de Texcoco, al hacer suyo el poema:

*Axcan quimati noyolo
Nicaqui in cuicatl
Niquita in xochitl
Amo nihnequisquia ma ixpolihuican.*

Al fin lo comprende mi corazón
Escucho un canto
Contemplo una flor
Ojalá nunca se marchiten.

Itlamiya xochipetlatl / Final de los lienzos

Sería injusto, de mi parte, afirmar que sólo he sido formado por un solo hombre, o un solo maestro. Todos hemos tenido varios guías o mentores en diversos momentos de nuestra vida.

Como lo expresé en el homenaje que recibí del INBAL como *Protagonista de la Literatura Mexicana*, ocasión en que reconocí que mis primeros maestros fueron *Piltata* Manuel y *Pilnana* Gonzala, mis padres, quienes nunca me hablaron en español. Ellos me enseñaron a amar la lengua náhuatl herencia de mis ancestros.

Como maestro bilingüe, náhuatl-español, fue la maestra Angélica Castro de la Fuente, quien me guió por el camino de la educación indígena, hoy educación intercultural plurilingüe para todos.

En el terreno de la lucha y compromiso con nuestros pueblos le debo sus orientaciones al Dr. Ricardo Ferrer D'Amaré quien me inició en las lecturas obligadas de la década de los años setenta: *El retrato del colonizado*, *Los condenados de la tierra*, *La educación como práctica de la libertad*, la escuela activa a través de las obras de María Montessori y Celestin Freinet, entre otros autores.

También Guillermo Bonfil Batalla con su ensayo *México profundo*, Rodolfo Stavenhagen con el tema de los derechos de los pueblos indígenas, Luis Reyes García, en etnolingüística, Salomón Nahmad Sittón, como colaborador suyo y funcionario de educación indígena y Carlos Montemayor, quien me formó como tallerista de la literatura en lenguas indígenas y me ayudó a percibir y gozar "la música de las palabras".

A todos ellos, y muchos más que sería difícil nombrar a todos, junto con el *Tlamatini* Miguel León-Portilla, les brindo mi gratitud por haberme ayudado a encontrar el camino de regreso a casa / *Timocuepa tochan*, lugar donde se encuentra: Nuestra raíz antigua / *Toxicnelhuayo*; Nuestra identidad / *Totlachialis*; Nuestro ser / *Totonal*.

Tlalpan, México, diciembre de 2019 //